

EL CAMPO, HOY

POR

J. GIL MORENO DE MORA.

Cuarenta años son período dilatado en la vida de un hombre y durante este tiempo no hay humano que sólo pueda hacer balance de lo activo, porque la congénita fragilidad, siempre sujeta a error, da también lugar a un pasivo. Balance es el recuento y la comparación entre el activo y el pasivo. De locos o angelistas sería componer un balance únicamente con los éxitos o sólo con los fracasos, porque tal postura, o cierra toda posibilidad a corregir los errores, o imposibilita la conservación de aquellos logros tan difícilmente conseguidos.

El pensamiento recto y honesto es aquel que, buscando siempre el perfeccionamiento, usa del discernimiento para distinguir los aciertos de los errores y, en consecuencia, se esfuerza en guardar y conservar los primeros y en corregir los segundos como dice la voz popular que es de sabios hacerlo.

El Campo ha sido uno de los capítulos de la vida española en el que durante cuarenta años menos aciertos y más errores se han dado, acaso por influencia de corrientes generales en Occidente, y seguramente por el predominio concedido a las gentes e intereses de aquellas ciudades que han crecido hasta ser "grandes Urbes". Las políticas del "Gran Madrid", del "Gran Barcelona", copiadas por Bilbao, Zaragoza, Valencia, Sevilla, etc., han sido auténticamente hostiles al Campo.

Para dar una idea gráfica tomamos unos datos del número 120 de la Revista Sindical de Estadística en el trabajo de Julio Alcaide Inchausti sobre la Renta Nacional (págs. 2 a 30). Los datos computan 1973.

Barcelona, Madrid, Vizcaya, Guipúzcoa y Tenerife suman el 30,4 % de la población, tienen el 40 % de la renta total y ocupan el 4,6 % del territorio.

Pontevedra, Valencia, Alicante, Las Palmas y La Coruña suman el 15 % de la población, tienen el 13,9 % de la renta total y ocupan el 6,5 % del territorio.

Sumadas ambas partidas tenemos que diez provincias suman el 45,4 % de la población, tienen el 54,5 % de la renta y ocupan el 11,1 % del territorio.

Si se les suma Cádiz, Málaga, Baleares, Oviedo y Sevilla, que juntan el 13 % de la población, con el 12 % de la renta y el 8,8 % del territorio tenemos un conjunto cantábrico, levante, Islas y Madrid con el 59,2 % de la población, el 66,5 % de la renta y sólo el 19,9 % del territorio. Dejando treinta y seis provincias con el 41,8 % de la población, el 33,5 % de la renta y el 80,1 % del territorio.

Barcelona, Madrid y Vizcaya tienen alrededor de 500 habitantes por kilómetro cuadrado.

Guadalajara, Soria, Teruel y Cuenca tienen menos de 12 habitantes por kilómetro cuadrado; veintinueve provincias tienen menos de 60 habitantes por kilómetro cuadrado y sólo catorce provincias superan los 100 habitantes por kilómetro cuadrado.

También sólo catorce provincias superan las 100.000 pesetas de renta *per capita* y dieciseis no llegan a las 75.000 pesetas.

Es de notar que Madrid, Barcelona y Vizcaya tienen menos del 7 % de su empleo en agricultura y pesca; Madrid tiene el 58,2 % de su población en el sector servicios, Barcelona y Vizcaya tienen el 56,94 % y el 53,88 %, respectivamente, de su empleo en la industria. Dieciocho provincias tienen más del 40 % de su empleo en agricultura y pesca, doce provincias tienen entre el 30 y el 40 % en agricultura y pesca.

De lo que cabe deducir que ha habido una política contraria al sector primario produciendo desertización de más de la mitad del territorio y grandes concentraciones con favorecimiento de los sectores industria y servicios en poco más del 10 % del territorio.

Con ello, probablemente, el Régimen ha dañado profundamen-

te su más firme puntal, pues en los pueblos y las tierras estaban las gentes arraigadas, que tan sólo por serlo eran los verdaderos partidarios del orden y la evolución sin rupturas, en oposición a las desarraigadas gentes de las urbes proletarizadas y partidarias del desorden y de la Revolución, madre de todas las rupturas. Si ahora el país se ve presentar la cuenta de este error no debe extrañarse y menos aún aquellos responsables que hace años, en el anuncio del Primer Plan de Desarrollo, le dieron estado de doctrina oficial.

En aquellos tiempos fue adoptada desde las alturas del Estado la doctrina de la economía de consumo, puesta en manos de una tecnocracia rectora especialmente ciudadana. De modo inconsciente, el predominio de los valores económicos y materiales sobre todos los demás condujo a una dialéctica y una praxis que en su quintaesencia responde a las tesis marxistas, aunque los hombres del poder se hubiesen horrorizado si tal se les hubiese declarado, porque el materialismo de Occidente está próximo al de Oriente, único que con tales premisas conserva cierta lógica.

Verdaderamente fue un error de simple materialismo que en todo implantó la "Economía", el "Bienestar", como meta y medio supremo, practicando el hedonismo creciente de un pueblo que durante un largo silencio aséptico tampoco desarrolló ni fomentó ideas, doctrinas y pensamientos positivos que fueran antídotos de las ideologías materialistas. Y cuando gran parte del Clero, implicándose en lo político y lo social, abandonó los temas propios del espíritu, el movimiento deslizante ya no tuvo ningún freno y el español medio se recostó en la pendiente del placer, el dinero y el sexo que concretaron la aspiración hedonista.

El Campo se vació con el aplauso de los tecnócratas encaramados en sus estadísticas. Se vació de gente porque fue vaciado de contenido. No es lo peor que se le privara de rentas y se le forzara al endeudamiento actual desde lo alto del poder; lo peor es que en el pensamiento nacional se le haya desvalorizado sistemática y encarnizadamente. Disperso e indefenso a lo ancho del territorio, trunca su representación por los nombramientos a dedo y la anulación del sistema gremial, sin posibilidad de conflictividad brusca y ruidosa, reducido a signo externo de subdesarrollo, el adjetivo

"campesino" dio en ser el más peyorativo en la valoración social. Controlados férreamente sus precios, privándoles de inversión en las subestructuras, reducido a nivel de vida fuertemente inferior al de cualquier suburbio urbano, no puede ya ofrecer atractivo alguno para la juventud, que al marcharse en masa deja hipotecado el futuro de la Nación en su mayor fuente de materias primas. Prácticamente se le obligó a pagar todo el costo del Desarrollo de los años 60 sin contrapartida ni propósito de dársela, en un criterio de Justicia social reservado en beneficio de otras actividades, criterio generalizado hasta en las jerarquías eclesiásticas diligentes en hablar de cualquier sector menos del rural.

Toda España ha sido cómplice de este proceso, toda la España de las ciudades que ha ayudado a su ejecución, desde el comerciante que se enriqueció con el valor añadido, el importador que contribuyó con las importaciones llamadas de choque, al industrial que se benefició de mano de obra fácil, pasando por el gobernante o funcionario que aprovechó la dócil mansedumbre natural del campesino y su indefensión ante la presión fiscal.

Durante muchos años y no sólo desde hace ocho meses, hablar del Campo ha sido predicar en el desierto de la indiferencia burlesca. Cabe que ahora algunos sindicalistas profesionales, algunos políticos en busca de originalidad quieran explotar el filón de esta injusticia. Cabe que unos empleen esta bandera para acusar al Régimen o que otros la usen intentado derribar el poder. Ninguno es sincero ni está libre de culpas: ni los tecnócratas, ni los demócratas, ni los socialistas, ni los comunistas y los demás totalitarismos, ni partido alguno de los hoy en liza hizo nada por el Campo. Ninguno contiene propósito de equidad, ninguno ha empezado siquiera a elaborar una doctrina del Campo que le pueda devolver una dignidad social ya que no el dinero y el trabajo perdidos. Todos ellos han comido y bebido en su pan y en su vino el sudor mal pagado y las lágrimas no enjugadas del campesino, no renunciando al provecho que obtuvieron con su inmolación. Todos son culpables. ¡Ay de mi España! ¡Ay de mi Campo!

El porvenir es imprevisible, las ahogadas voces que desde hace

años claman siguen desoidas (*). Las consecuencias se verán cuando desaparezcan los pocos que ahitos de desengaños y sufrimientos quedan en la tierra.

(*) Sobre los problemas de la agricultura, VERBO ha publicado: Número 20, págs. 3 y sigs.: *El Campesinado*, por Hélon de Beaulieu, con prólogo de Juan Vallet de Goytisolo.—Número 20, págs. 75 y sigs.: *La Encíclica «Mater et Magistra» y el Campesinado*.—Número 20, págs. 84 y sigs.: *Declaración del Bundestag sobre la extirpación del campesinado en Alemania del Este*.—Número 26-27, págs. 411 y sigs.: *Sobre la explotación familiar*, por C. Laglade-Demoyen.—Número 44, págs. 199 y sigs.; número 45, págs. 253 y sigs., y número 46, págs. 365 y sigs.: *Vida campesina y progreso en el mundo moderno*, por Alain Thoranches y Pierre Bevillard.—Número 53-54, págs. 269 y siguientes: *Forum sobre Agricultura*, en la V Reunión de amigos de la Ciudad Católica. Ponentes: Francisco de Gomis, José M.^a Gil Moreno de Mora, José Martín del Río y Augusto Díaz Cordovés.—Número 55, págs. 314 y sigs.: *El orden natural y la vida campesina*, por José M.^a Gil Moreno de Mora.—Número 64, págs. 329 y sigs.: *Los cuerpos intermedios y la agricultura*, Forum de la VI Reunión de amigos de la Ciudad Católica. Ponentes: José M.^a Gil Moreno de Mora, Vicente Flórez de Quiñones, Marcos Guimerá Peraza, José Martín del Río y Augusto Díaz Cordovés.—Número 71-72, págs. 139 y siguientes: *El Plan Mansholt. ¿Un cultivador de cada dos debe desaparecer?*, por Richard de la Croix.—Número 73, págs. 239 y sigs.: *Plan Mansholt*, por J. Gil Moreno de Mora.—Número 77, págs. 619 y sigs.: *La agricultura contemporánea, el hombre y la nueva coyuntura técnica*, por Francisco de Gomis Casas.—Número 87-88, págs. 639 y sigs.: *Comercialización en la agricultura. Entre el liberalismo y la tecnocracia*, Forum sobre Agricultura en la VII Reunión de Amigos de la Ciudad Católica, por Pte. José M.^a Gil Moreno de Mora.—Número 103, págs. 325 y sigs.: *El desarrollo económico, el campo y el sacerdote*, por J. Gil Moreno de Mora.—Número 123, págs. 319 y siguientes: *Encuentro sobre agricultura*, de la XII Reunión de amigos de la Ciudad Católica.—Número 143-144, págs. 513 y sigs., número 145-146, páginas 665 y sigs.: *De los tópicos a una doctrina del campo*, por J. Gil Moreno de Mora.—También se han publicado en la sección *Ilustraciones con recortes de periódicos*, con referencia al campo: Número 95-96, págs. 603 y siguientes: *La agricultura y el desarrollo industrial. El bienestar de las grandes ciudades y la despoblación del campo. La revolución y el campesinado. La tecnocracia entra en escena: el cambio de estructuras y la manipulación de los precios*.—Número 107-108, págs. 835 y sigs.: *Agricultura, megalopolis, regionalización por el Estado providente, desarrollo y ecología*.—Número 119-120, págs. 1051 y sigs.: *La despoblación del campo y el vertiginoso crecimiento de las aglomeraciones urbanas: 1. Crecimiento, desarrollo y movi-*

Sólo si en el más alto lugar de la Nación se despierta la conciencia de una deuda hacia el Campo, si con voluntad y método se emprende con urgencia la tarea de cambiar las mentes, no de los campesinos, sino del resto de la Nación, sólo si se ponen todos los medios para curar este mal, cabe una esperanza. De no hacerse así la Nación entera exclamará un día como el moro ante lo perdido: ¡Ay de mi Campo! ¡Ay de mi España!

lidad geográfica de la población; 2. El campo ante los problemas monetarios; 3. ¿Tendencia a destruir la vida rural?; 4. Concepto del campesinado; 5. El problema de la propiedad; 6. La tradición, elemento de la sabiduría campesina.

DE LOS TOPICOS A UNA DOCTRINA DEL CAMPO

por GIL MORENO DE MORA.

- I. LOS TOPICOS DEL CAMPO: UNA VISION DEFORMANTE
- II. SER SAGAZ CON EL PORVENIR
- III. ¿REFORMA O RESTAURACION AGRARIA?
- IV. LA REPRESENTATIVIDAD
- V. COOPERACION E INTEGRACION
- VI. DESCENTRALIZACION Y CENTRO
- VII. EL CAMPO ENTERO
- VIII. PROBLEMAS REPERCUTIVOS
- IX. AGRICULTURAS DIFERENTES
- X. UNA DOCTRINA DEL CAMPO (PARA EL CAMPO Y PARA TODA ESPAÑA)

72 págs.

100 ptas.